

nos la ocasión fugitiva del martirio. Esto no obstante también se daba alegres plácemes de la libertad de su patria y mucho más de que no se hubiesen profanado la religión santa ni los templos.

Faltó, según esto, no el ánimo al martirio, sino el martirio al deseo solicitado antes con tantas ansias, y pesarosa después de que no se hubiese presentado ocasión de sufrirlo. Lloraba en varias ocasiones amargamente su infeliz suerte, considerando que el estado de ser mujer la impedía no poder ir á buscarle en las regiones más remotas y más bárbaras, logrando esta dicha á manos de infieles, dando mil vidas si las tuviera á mayor gloria de Cristo. Era extraño el sentimiento que tenía por no haber nacido en tiempos ó en reinos donde la persecución de los tiranos bañaba en sangre de mártires las calles, las plazas y anfiteatros. Parecíale inestimable la felicidad de los que alcanzaron aquellos tiempos, y pudieron firmar con la última gota de sangre las verdades católicas de la fe que profesaban. Decía muchas veces, despidiendo gemidos tiernos de lo profundo del alma, á Doña Francisca Hurtado de Bustamante, con quien trataba familiarmente: «¡Oh si tuviéramos alguna traza ó modo para hacer una fuga á las provincias de los bárbaros, y que los idólatras nos quitasen con crueldad la vida por amor de Cristo!» Finalmente cuando más no podía, entretenía sus deseos repasando en su imaginación varios géneros de tormentos que deseaba padecer por su Esposo celestial. Así intentaba con San Ignacio Mártir ser pan de Cristo, después de verse como harina molida con martirios; para corresponder de su parte á la caridad y amor que obligó al Pan de los ángeles á hacerse pan y alimento de los hombres.



CAPÍTULO XXIV

Celo extremado de Rosa por la salvación de las almas, que estaban en peligro.

QUIEN sentía en sí misma amor tan intenso hacia el Sacramento, en el que se oculta tras los velos eucarísticos el verdadero cuerpo de Jesucristo; no podía echar en olvido los miembros místicos de este cuerpo, cuando entendía que estaban en riesgo de perderse. Había aprendido á estimar, como es justo, el valor de las almas por el precio costoso con que fueron redimidas. Por esta causa todas las veces que ponía los ojos en los montes que ocupan lo interior de la América Meridional, era increíble el tormento que sentían sus piadosas entrañas, llorando la perdición de tantas almas de bárbaros, que, pasadas los nevadas cumbres de aquellos ásperos collados y montañas inaccesibles, poblaban los valles espaciosos; siendo innumerables los que, ciegos en su idolatría, heredada de sus antiguos progenitores, eran cautivos del demonio. Derramaba copiosas lágrimas sin hallar consuelo, considerando al reino de Chile vecino al Perú, donde cada día perecían para siempre millares de almas; después que sus feroces habitado-

res, sacudiendo el yugo del rey y de la religión, habían vuelto á las cadenas de la antigua gentilidad.

No sólo se dolía de los indios occidentales, que estaban más vecinos á Lima, sino también de las muchas naciones, que en sus términos contiene el imperio dilatado de la China, y los reinos tan poblados del Oriente. Era esto para Rosa materia copiosísima para renovar el llanto casi todos los días. Deseaba que la hiciesen pedazos y que como red extendiesen sus entrañas por el anchuroso camino por donde tantas almas miserables se precipitan en las penas eternas, para impedir así en algún modo tanta perdición. Este mismo fué el espíritu seráfico de su Maestra Santa Catalina de Sena, que también deseaba que su cuerpo sirviese de puerta del infierno, para que de allí adelante no pudiesen entrar en sus mazmorras oscuras tan numerosas catervas de almas, frustrando el remedio y precio de su redención, tan á costa de la sangre de Cristo.

Trataba en cierta ocasión con Rosa uno de sus confesores de ir [á predicar el Evangelio á los bárbaros convecinos. Dijo que estaba ya la misión en buen estado. Apenas oyó esto comenzó á persuadirle, á instarle, á importunarle y rogarle con palabras abrasadas en amor de Dios: «Que no temiese, que apresurase el viaje, que socorriese á las almas que estaban pereciendo, que no podía hacer obsequio más grato ó más acepto á su Dios. Que este era empleo propio de pecho y dignidad apostólica, á que no puede faltar la asistencia de la Providencia divina. Finalmente que bastaba para premio y consuelo del sudor y trabajo que había de costar esta noble empresa, si un solo niño moribundo de los infieles, recibiendo el bautismo, se iba á la gloria, abriéndole las puertas aquel sacramento.» El cauto confesor para experimentar si era espíritu de Cristo el que hablaba en la virgen, flagiéndose perplejo y dudoso, decía que eran muy pocas sus fuerzas, y poco á propósito para ministerio tan alto. Exajeraba la

dificultad del asunto, el hambre, la sed, el peligro de las fieras que poblaban aquella provincia, el calor excesivo que en ella se sentía, el cansancio, el destierro de la patria, los venenos de que usó aquella gente cruel, inhumana, intratable, especialmente para quitar la vida á los ministros del Evangelio. A pesar de todo esto decía que fiaba mucho y fundaba gran parte de su esperanza en las oraciones y ayunos de Rosa, y en las demás obras suyas, si quería ayudarle con ellas. La virgen, aunque sentía bajamente de todo cuanto obraba; con todo eso, para avivar más al predicador y animarle para que emprendiese el viaje, cobrando ánimo y confianza grande, le prometió ayudarle en tan santo empleo con todos sus ejercicios; con condición que el quisiese hacerla participante de toda la ganancia espiritual que lograrse en la conversión de los infieles. Vino en ello con gusto el Padre confesor. Sabía muy bien cuán grande era la virgen en los ojos de Dios, que es el que sabe pesar los espíritus; veía bien claro lo que le interesaba este contrato. Al fin se ajustaron entre los dos los conciertos con este pacto: «Que Rosa cediese á su confesor la mitad de los frutos que esperaba coger de los ejercicios espirituales que practicase todo el tiempo que se ocupase el Padre en predicar á los infieles; y que del mismo modo él aplicase á Rosa la mitad del caudal que resultase de la conversión de las almas que redujese con su predicación al camino de la verdad y salud eterna.»

Con el mismo fervor de espíritu trabajaba la piadosa virgen por empeñar y encender á los que le parecían aptos para este ministerio, con el fin de que se dedicasen á convertir infieles. Especialmente á los religiosos de su Orden, rogaba, amonestaba y protestaba «que ordenasen á este fin desde el principio todos sus estudios y desvelos, y que fuese el blanco glorioso y sublime de todas sus tareas reducir todo lo restante de la América á la fe católica; desterrando de toda ella la idolatría. Que tratasen de recoger haces copiosos de

indios, para llenar las trojes del Señor, y librar del abismo eterno de la condenación á millares de millares de almas que se pierden para siempre. Que no es acertado estarse siempre asidos á las sutilezas de las disputas metafísicas que las más veces consisten en distinciones inútiles de términos, fatigando toda la vida con controversias y porfías sobre la significación de las voces. Que se empleaban mal tan continuos trabajos de las escuelas, tantas noches sin sueño, tanto altercar con tesón y gritos; si la erudición adquirida á costa de trabajos tan crecidos, no se emplea en la salud de los prójimos y propagación de la fe. Y más si el fin solo fuese el aplauso y vanagloria, parando en conseguir el grado de magisterio y la pompa hinchada del lauro de las escuelas, tirando á solo el descanso y el odio perezoso y estéril.» Aseguraba con palabras llenas de energía santa: «Que si no fuera mujer había de ser su primer cuidado, en acabando de cursar en los estudios, darse toda á las misiones y predicación del Evangelio, deseando ir á las provincias más feroces, bestiales y que se sustentan de carne humana; sólo para acudir con salud y remedio á los indios, á costa de su sangre y sudores, y á fuerza de la predicación y del catecismo.»

El grande afecto de compasión por la [salud de los infieles, que sentía Rosa en sí misma, no la dejaba sosegar un punto. Con el fin de apagar en parte la sed de la salvación de las almas, en que se abrasaba, ideó, ya que por sí misma no podía dedicarse á la conversión de los idólatras, buscar un niño huérfano, pobre y sin amparo humano, educarle como á hijo, dándole escuela y estudio, y criándole con buenas costumbres, valiéndose para esto de limosnas de piadosas matronas. Era también su intento irle inclinando poco á poco desde la niñez, y plantar en su pecho vivos deseos de la misión evangélica, que fuesen con la edad creciendo; cuidando mucho de irle habilitando con virtud y santas enseñanzas; hasta que llegando á ser de más edad

se ordenase de sacerdote y se le pudiese fiar la conversión de los gentiles. Había propuesto Rosa pedir á su ahijado en premio de los alimentos con que le había asistido y del amor de madre con que le había criado; que emprendiese el viaje y se emplease todo en instruir á los gentiles, que ignoraban la verdadera ley; levantando trofeos de salud y redención en medio de naciones bárbaras; y que librase de las prisiones del demonio á las más almas que le fuese posible. Con este suplemento pensaba Rosa satisfacer de algún modo al generoso ardor y a la sed que la fatigaba de la salud de los prójimos; que excedía sin duda la posibilidad y condición de una mujer.

No fué menos fervoroso el celo que tenía en orden á la salvación de los cristianos perdidos y distraídos. Si llegaba á su noticia que por alguna culpa mortal estaban en desgracia de su Dios, ó que estaban enredados en la ocasión de algún vicio capital; por estos, verdaderamente infelices y miserables, tomaba cada día una rigurosa disciplina de sangre. Gemía y suspiraba en el acatamiento de la divinidad ofendida. No perdonaba gasto alguno de lágrimas, por grande que fuese, á trueque de alcanzarles de Dios verdadera penitencia y enmienda en su perdida vida. Decía que si le fuera lícito predicar al pueblo, cubriéndose de un áspero cilicio, desnudando los pies, desgredado el cabello, de día y de noche por las plazas y las calles de Lima había de llevar en la mano un Crucifijo y con voz lúgubre y esforzada había de dar gritos en todas partes diciendo: «Arrepentíos, ¡oh pecadores! arrepentíos, apartaos de los caminos perversos que seguís ciegos, por donde el demonio os guía para despedazaros, como llevan las insensatas ovejas al matadero. Huid, torced los pasos y desviaos del precipicio, donde para siempre se deslizan las almas. Mirad que solo hay un momento de vida, y muy incierto y fugitivo el que estáis distantes del infierno. Conoced ya el peligro en que voluntariamente os habéis metido. Tened misericordia de vuestras al-

mas, ovejas perdidas á quien el buen pastor busca para salvaros, entrándose por las espinas y los abrojos, á costa de sudores, de sangre, de cruz y heridas. ¡Oh hombres! daos prisa á volver donde os llama el Redentor propicio y ganoso de perdonaros. A quien, si menospreciáis ahora, no hallaréis después remedio, porque no le tiene el infierno.» Esto decía muchas veces la piadosa virgen, con tan claras señales del incendio de caridad que ardía en su pecho, con tan inflamados afectos de corazón, que no pocas veces movió á compunción y lágrimas á los que la oían. No parecía que era conversación familiar, sino que había resucitado Jonás y que predicaba penitencia en medio de Nínive.

Estaba en cierta ocasión oyéndola el P. Fr. Antonio Rodríguez, predicador general, no sólo en el nombre, sino también en los hechos y en el espíritu. Volvió á éste el rostro la virgen con no menos fervor que confianza, animada por la modestia y la caridad, y le habló en esta forma: «Advierte ¡oh padre! que la divina clemencia dispuso que fueses predicador para que reduzcas á vida ajustada á los pecadores obstinados y perdidos. Y así teme y guárdate de consumir inútilmente el rico talento que te han fiado, en florecillas plausibles de conceptos, que llama el mundo sutiles. Huye los rizos y plumajes de vanas agudezas. Da de mano al decir hinchado, culto y pulido, propio de la farsa y de los teatros. Ten muy en la memoria que el Señor te ha hecho pescador de hombres. Suelta, y extiende anchurosamente las redes, para coger pecadores. Empléate en esto, yo te lo ruego. Pon en esto únicamente todo el estudio y todo el conato y atiende solamente á librar las almas estragadas, de los raudales en que se van á pique. Pon la mira como buen piloto en desviar los náufragos navegantes de los profundos vagíos y escollos del mar tempestuoso de esta vida, sacándoles al seguro puerto de verdadera y saludable penitencia.»

Sucedió cuando Rosa habitaba en casa de su madre,

que un mancebo, más noble en sangre que en buenas costumbres, era su nombre D. Vicente Montesinos de Vanegas, acertó á tener su posada en la plaza, no lejos de la casa de Rosa. Este, admirado de la peregrina belleza de nuestra virgen y juntamente cierto, que no había que tratar con ella de casamiento, buscaba ocasiones para verla y apacentar más libremente los ojos en su hermosura recatada y honesta. Determinóse á entrar en casa de su madre con pretexto de hacer unos curiosos cuellos de holanda, de que dijo necesitaba; y que él gustaría que los hiciese Rosa, pues en esta labor se ocupaba para sustentar á sus padres, como era notorio. Estaba la virgen sentada aparte con otras doncellas, atenta sólo á su trabajo. Hízola señas su madre que atendiese á lo que decía aquel caballero y concertase la obra. El mancebo entonces, tomando asiento más cercano á Rosa, como su madre lo disponía, preguntola por su salud con toda urbanidad; díjole como venía á encomendar alguna cantidad de cuellos. Preguntó cuánta holanda de la mejor que se hallase en Lima se necesitaría para cada uno, á cómo vendían los mercaderes cada vara, dónde se podría comprar con más comodidad, cuánto tiempo se detendría en darlos por acabados.

Descubrió el cielo á Rosa el intento secreto que llevaba en su corazón D. Vicente, y comenzó luego á apiadarse de su alma miserable, que al parecer de Rosa despedía olor pestilente y hediondez intolerable, por estar allí estancados deseos impuros, propios de la juventud libre y deshonesta. Levantando al cielo los ojos con un gran suspiro: «¡Oh buen Jesús, dijo, oh qué largo y detenido eres, Señor, en tu paciencia! Y tú ¡oh noble mancebo! perdóname y permíte que halle lugar en tus oídos la verdad que he de decirte. «Otros pensamientos muy distintos de lo que aquí has propuesto son los que trata tu corazón. ¿Quieres que te signifique ingenuamente el motivo con que has venido á esta casa? Mas no quiero afrentarte y me lastima el mucho

empacho que te ha de costar si hablo claro. Obras como mozo, y dame gran dolor el modo desacertado de tu vida. Duélate á tí también y trata de enmendarla. Todo lo que no es servir á Dios y vivir ajustado, es manifiesto engaño; quita la vida al alma cuanto lisongea el apetito desenfrenado. Conoce tu peligro, D. Vicente, corrige el ánimo, distraído en andar á caza de gustos vanos y deleites caducos. Aprende á vivir de aquí adelante con más cautela y reducirte á seguir las estrechas sendas de los mandatos divinos, si no quieres perecer en la flor de tu juventud lozana. Ves aquí que por más que quieras ocultar tus depravados intentos, no se esconde á mi divino Esposo tu intención torcida.» Herido D. Vicente con la fuerza del sermón, que tan de improviso le hizo la virgen Rosa, bajó los ojos, cayósele el cielo encima, cubriósele la cara de vergüenza y volviéndose á mirar por dentro, enmudeció por buen espacio de tiempo. Finalmente, ya otro de lo que poco antes era, animándose algún tanto, dijo así: «¿Quién eres, mujer peregrina, ó milagro de mujeres? Siento que habla por tus labios el espíritu de Cristo, pues él solo pudo descubrirte mi conciencia y darte luces para penetrar en lo más íntimo de mi corazón depravado con lascivos deseos. Yo me rindo á tu exhortación piadosa, no me resisto á las palabras abrasadas que he merecido oírte. Seguiré de aquí adelante la voz de Dios, que llama á lo más acertado. Tú te has de empeñar en aplacarle, pues le tengo tan ofendido; para que lleve adelante la mudanza de vida que hoy ha comenzado en mí.» Prometió la virgen asistirle con oraciones y despidióle con cortesía, agrado y buenas palabras. El, de allí adelante, dando de mano á las mocedades, trató de hacer vida ejemplar y reformada, confesando y comulgando á lo menos cada ocho días, alegre de haber caído en las manos de Rosa, que por revelación divina había reconocido el estado infeliz de su alma y muy á tiempo había sabido, cuando menos lo esperaba, herirle el corazón con saludables estímulos del temor divino.

Si alguna persona manchada con algún vicio llegaba á tratar con Rosa, y no se hallaba mejorada, se tenía por singular prodigio. María de la Mesta, mujer de Medoro Angelino, pintor, era intolerable casi á sí misma; tales eran su impaciencia y su cólera. Todo lo contradecía, todo le daba en rostro, á todo levantaba el grito. Cualquiera cosa, aunque fuese insignificante, alborotaba su ánimo; amenazaba con voces turbadas y clamores desentonados toda la casa. Alguna vez volvía sobre sí, y la pesaba de ser tan insufrible; pero era esto después de desahogar la tormenta de su colera. Entonces condenaba el no poder contenerse, ni refrenar su condición indómita; pero no bastaba para enmendarse; porque la complexión fácil en montar en ira y la costumbre de muchos años, había ya hecho callos para no sentir la fealdad intolerable de su mal modo. No se sabe si aconsejada de otros, ó por acaso visitó una vez á Rosa, cuando estaba en la celdilla del jardín de su casa. No dejó pasar la ocasión la virgen; y así comenzó luego á tratar con gravedad y con veras de lo que importa tener el ánimo pacífico y sosegado. Dictó breves reglas para conseguir la virtud de la mansedumbre. Dióle consejos acertados para acostumbrarse á la paciencia y sufrimiento; y después de bien instruida la despidió. ¡Cosa maravillosa! Aquella mujer desde aquel día, como si fuera otra, se volvió pacífica y reservada. Toleraba ya con quietísimo corazón las molestias y enfados cuotidianos de la casa, que antes como abrojos la punzaban y descomponían. Y si de repente con ímpetu se le encendía la cólera, con sólo acordarse de la mansa condición de Rosa, se aplacaba, y con facilidad reprimía la pasión y enojo. En breve tiempo aprovechó tanto en el ejercicio de la paciencia, que ya voluntariamente pedía á Dios más y más adversidades y trabajos. Es cosa digna de admiración, que siendo Rosa sumamente encogida y callada, solo el celo de las almas la hacía elocuente. Y jamás le faltó abundancia de lenguaje para persuadir eficaz-

simamente el partido de la virtud y la huida de los vicios.

Para concluir este capítulo, refiriremos el prodigio siguiente. Al P. Fr. Pedro de Loaisa, que estaba bien enterado del celo y caridad ardiente de Rosa, en orden á la salud de las almas, cuya salvación peligraba, habíanle dado cuenta que cierto Religioso de su misma Orden, desahuciado desde el día antes de los médicos, estaba agonizando y con grande miedo y cobardía luchaba con los últimos accidentes. Decían también que atormentaban al enfermo graves escrúpulos; que le afligía mucho, no tanto el miedo de la muerte, que estaba tan vecina, como el incierto lance de salvarse, y viéndose en aquella hora muy vacío de méritos, temblaba y trasudaba, acordándose de la severidad del Juez que dentro de poco tiempo había de tomarle estrecha cuenta de su vida y obras; y que se podía temer prudentemente que el demasiado miedo no le redujese al último riesgo, dando al través con su esperanza. Herían estas cosas profundamente el corazón compasivo de la virgen, en quien hallaba fácilmente entrada la conmiseración de los peligros ajenos en materia tan importante. Y sin más detenerse encargó al P. Fr. Pedro que fuese al punto á visitar al enfermo, y le dijese de su parte: «Que confiase mucho de la divina misericordia de tan benigno Señor, y que ella haría muy especial oración porque Dios le diese felicísima muerte; y que desde luego ofrecía del corto caudal de sus ejercicios piadosos cuanto quisiese para llenar el vacío de buenas obras que echaba de menos; que se valiese de todo si fuese necesario y que entendiese, que si Rosa había hecho alguna obra muy agradable á Dios, en todo el discurso de su vida, liberalmente la cedía para que la apropiase á sí, como si él la hubiera ejecutado y la presentase en el acatamiento del supremo Juez como suya propia, porque ella le hacía donación de todo. Y que entretanto dejase de sentir baja y apocadamente de la liberalidad magnífica del Señor. Y para que fuese más cumpl-

do el consuelo del moribundo, añadiese, que si Dios fuese servido de ello, ella quería que después de muerto pudiese venir á reconvenirla, para que si necesitaba de nuevos sufragios, sin dilación le ayude y le socorra.»

Refirió el P. Fr. Pedro al enfermo cuanto había dicho Rosa, y desvaneciéndose al instante el excesivo miedo, se abrió camino al gozo de más alegre esperanza. Aceptó el enfermo la magnífica largueza de Rosa, no ignorando cuanta riqueza escondía la dádiva y libre donación de tantos méritos. Esforzado con esto recibió devotamente los sacramentos, con gran confianza entregó en paz y tranquilidad el espíritu en manos de su Criador; habiendo pactado primero que visitaría á Rosa y al P. Fr. Pedro, si Dios le daba licencia después de muerto. No fatigaban pequeños cuidados, pasado algún tiempo, al P. Fr. Pedro, ignorando cuál sería la causa por qué el alma del difunto no se le aparecía como había prometido; pero quitóle todo el recelo la seguridad de Rosa, que le dijo se quietase, porque sabía que le iba bien al alma del difunto, que ya estaba gozando de eterna felicidad en la gloria, y que así no tenía necesidad de volver á pedir sufragios. Tal era la ayuda de costas con que la había enriquecido la liberalidad de Rosa cuando partió de este mundo. En cuya estimación nada había tan precioso que no lo expendiese gustosamente por la salud de las almas.

